

Artículo de investigación

Cómo citar: Moreno Foglia, David Camilo (2024). Construcción de Identidad Narrativa y Formación del Carácter: Una Mirada a través de la Poética de Aristóteles. *Polisemia*, 21 (38), 112-129. <http://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.21.38.2024>. 112-129

ISSN: 1900-4648

eISSN: 2590-8189

Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Enviado: Octubre 19 de 2023

Aceptado: Abril 26 de 2024

Publicado: Noviembre 21 de 2024

David Camilo Moreno Foglia

Construcción de identidad narrativa y formación del carácter: una mirada a través de la *Poética* de Aristóteles

Construction of Narrative Identity and Character Formation: A Look through Aristotle's *Poetics*

Construção da Identidade Narrativa e Formação do Caráter: Um Olhar através da *Poética* de Aristóteles

David Camilo Moreno Foglia

Licenciado en Filosofía -UPN- y magister en Ética y Problemas Morales Contemporáneos -UNIMINUTO-. Investigador solidario del Instituto Nacional de Investigación Social – INIS -, pertenece al grupo de investigación: Filosofía, Ética y Educación. Miembro de la Red Nacional de Profesores de Ética. Miembro cofundador y líder de la línea de investigación y educación de Fundación Muisca. Docente en la SED Bogotá con experiencia en proyectos escolares enfocados a la justicia escolar restaurativa y a la iniciativa -SED- de construir entornos educativos como territorios de paz.

Correo electrónico: camilomorenofoglia@gmail.com

Resumen

La interacción de un ser humano con diversos tipos de narraciones influye directamente en la construcción de su carácter y su identidad narrativa. A través de las historias, las personas pueden comprender y relacionarse con distintos modos de ser. La narrativa se considera una manifestación de la razón práctica, ya que requiere una constante interpretación de circunstancias y acciones morales. En este artículo se resalta la importancia de la narración como herramienta para la formación ética y la construcción de la identidad narrativa, dos dimensiones que están intrínsecamente relacionadas en la reflexión sobre la vida y la moralidad. Basándonos en la lectura de la *Poética* de Aristóteles y respaldados por los planteamientos de Paul Ricoeur, demostramos cómo la narrativa es fundamental en la construcción de la idea de uno mismo. Esta es una cuestión de vital importancia en la constante reinterpretación de nuestro modo de ser y en la relación permanente con la necesidad de exaltar o apaciguar nuestras pasiones.

Palabras clave: ética, poética, *ethos*, *prhónesis*, identidad narrativa



Abstract

The interaction of a human being with various types of narratives directly influences the construction of their character and their narrative identity. Through stories, people can understand and relate to different ways of being. Narrative is considered a manifestation of practical reason, since it requires a constant interpretation of circumstances and moral actions. This article highlights the importance of narrative as a tool for ethical training and the construction of narrative identity. These two dimensions are intrinsically related in reflection on life and morality. Based on the reading of Aristotle's "Poetics" and supported by the approaches of Paul Ricoeur, it is demonstrated how narrative is fundamental in the construction of the idea of oneself. This is a question of vital importance in the constant reinterpretation of our way of being and in the permanent relationship with the need to exalt or appease our passions.

Keywords: ethics, poetics, *ethos*, *phrónesis*, narrative identity

Resumo

A interação de um ser humano com diversos tipos de narrativas influencia diretamente a construção de seu caráter e identidade narrativa. Por meio das histórias, os indivíduos podem compreender e se relacionar com diferentes modos de ser. A narrativa é considerada uma manifestação da razão prática, pois exige uma interpretação constante das circunstâncias e das ações morais. Em resumo, este artigo destaca a importância da narração como ferramenta para a formação ética e a construção da identidade narrativa. Essas duas dimensões estão intrinsecamente relacionadas à reflexão sobre a vida e a moralidade. Com base na leitura da Poética de Aristóteles e apoiados pelos pensamentos de Paul Ricoeur, demonstra-se como a narrativa é fundamental na construção da ideia de si mesmo. Trata-se de uma questão de importância vital na constante reinterpretação do nosso modo de ser e na relação permanente com a necessidade de exaltar ou apaziguar nossas paixões.

Palavras-chave: ética, poética, *ethos*, *phronesis*, identidade narrativa

Aristóteles no dudaba en decir que toda historia bien narrada enseña algo; más bien, decía que la historia revela aspectos universales de la condición humana y que, a este respecto, la poesía era más filosófica que la historia de los historiadores, mucho más dependiente de los aspectos anecdóticos de la vida.

(Ricoeur, 2006, p. 12)

Introducción

Desde la perspectiva teórica de Aristóteles, podemos identificar tres conceptos fundamentales relacionados con la ética y su conexión con la argumentación y la narrativa: *ethos*, *pathos* y *logos*. El primero se refiere al carácter o la naturaleza de los sujetos, el segundo aborda las emociones y pasiones, mientras que el tercero representa el razonamiento lógico que guía las acciones éticas. Estas dimensiones de la vida práctica están presentes en las acciones humanas, donde la racionalidad conduce a la elección de lo correcto. Para lograrlo, es necesario reconocer, moderar y educar las pasiones, lo que contribuye a la formación del carácter de los individuos a lo largo de sus experiencias de vida. Sin embargo, la razón no puede ser una guía efectiva en la toma de decisiones ni interactuar adecuadamente con las pasiones si no se ha forjado un carácter que sea receptivo a argumentos válidos y capaz de relacionarse adecuadamente con las pasiones.

Aristóteles, a través de su obra, subraya la importancia de la práctica en el desarrollo ético del individuo. Esto significa que, al vivir una vida libre de violencia y necesidades apremiantes que sea medianamente confortable y provechosa, las personas pueden adquirir virtudes éticas y sabiduría práctica. A medida que desarrollan estas dos dimensiones, pueden construir una vida buena y acercarse a lo que Aristóteles define como *eudaimonia*¹.

No obstante, dado que la vida buena es un asunto comunitario, tanto en la *Retórica* como en la *Poética*, Aristóteles reflexiona y ofrece recomendaciones que se relacionan estrechamente con la ética y contribuyen a explicar cómo funcionan los procesos de racionalidad práctica en las personas. Las nuevas valoraciones que autores neoaristotélicos han otorgado a la *Poética* ayudan a aclarar y ampliar conceptualmente el entramado epistemológico de la racionalidad práctica, un tema fundamental en la investigación ética:

1 El término *eudaimonia* suele traducirse como 'felicidad'. Sin embargo, para Aristóteles es una propiedad de una vida entera que representa la satisfacción de todos los objetivos de una persona conforme al ejercicio de la virtud y la razón: "estar bien y hacer bien estando bien, de un hombre bienquisto para sí mismo y en relación a lo divino" (MacIntyre, 2001, p. 227). Sin embargo, expresa que darle significado a la *eudaimonia* es una cuestión que, desde Aristóteles, se encuentra muy abierta y que lo que se puede afirmar con toda precisión es que las virtudes son las cualidades cuya posesión permitirá al ser humano tener la capacidad de alcanzar o no ese telos.

J. Redfield insiste con fuerza en este vínculo entre ética y poética, garantizado visiblemente por los términos comunes a las dos disciplinas: *praxis* = “acción” y *ethos* = “caracteres”. Dicho vínculo concierne, más profundamente, a la realización de la dicha. La ética, en efecto, solo trata de la dicha en forma potencial: considera sus condiciones (sus virtudes); pero el vínculo entre las virtudes y las circunstancias de la dicha sigue siendo aleatoria. Al construir sus tramas, el poeta hace inteligible este vínculo contingente. De ahí la aparente paradoja: “la ficción versa sobre dicha y desdichas irreales, pero en su actualidad” (*op. cit.*, p. 63). Es a este precio como narrar “enseña” sobre la dicha y sobre la vida, nombrada en la definición de la tragedia: “representación, no de personas, si no de acción, de vida y de felicidad (la infelicidad reside también en la acción)” (50a, 17–18). (Ricoeur, 2004, p. 104)

Ricoeur, al citar a Redfield, restaura la conexión entre ética, poética y retórica —una relación que había sido oscurecida durante mucho tiempo para los filósofos, tanto en la modernidad como en épocas posteriores— y demuestra cómo la acción humana, el foco central de la creación poética, se convierte en un vehículo para transmitir rasgos morales esenciales de los agentes. Por ello, a continuación, se revisará la *Poética* y la reinterpretación que de ella hace Paul Ricoeur, quien coloca la narrativa como núcleo tanto de la construcción de la identidad como de la formación del juicio práctico del sujeto. La obra se analizará en relación con las nociones de *logos*, *ethos* y *pathos*, ya que estas tres nociones son comunes a las tres obras y evidencian la interconexión conceptual en esta área de la teoría aristotélica.

Razón práctica e identidad narrativa

La perspectiva de la racionalidad práctica, eje lógico de la ética, no solo depende en gran medida de la *phrónesis*², que es una virtud intelectual, sino que también se relaciona estrechamente con el desarrollo de la argumentación, ya que esta última permite crear justificaciones para las acciones morales. Al mismo tiempo, se puede identificar un vínculo con la interpretación y la narración, dos aspectos fundamentales en la relación de equivalencia moral que establece el individuo con las diversas historias que encuentra en su vida, ya sea como experiencias reales o como creaciones estéticas de diversas esferas culturales. En ese sentido, tanto las narrativas históricas o etnográficas como las narraciones de ficción tienen la misma importancia.

2 “La *phrónesis* es en Aristóteles una ‘virtud dianoética’. Aristóteles ve en ella no una simple habilidad (*dynamis*), sino una manera de estar determinado el ser ético que no es posible sin el conjunto de las ‘virtudes éticas’, como a la inversa tampoco estas pueden ser sin aquella. Y aunque en su ejercicio esta virtud tiene como efecto el que se distinga lo conveniente de lo inconveniente, ella no es simplemente una astucia práctica ni una capacidad general de adaptarse. Su distinción entre lo conveniente y lo inconveniente implica siempre una distinción de lo que está bien y lo que está mal, y presupone con ello una actitud ética que a su vez mantiene y continúa” (Gadamer, 1991, p. 51).

Los distintos tipos de narración presentan las experiencias humanas en historias coherentes, proporcionando contexto y significado. La interpretación permite evaluar estas narrativas desde diversas perspectivas al proporcionar elementos de análisis que sirvan para procesos en los que se toman de decisiones de carácter moral. La argumentación, a su vez, articula y justifica estas decisiones. Así, la racionalidad práctica no solo depende de la *phrónesis*, sino también de la capacidad de contar y entender historias, y de construir argumentos sólidos, integrando conocimiento intelectual y experiencia vivida para una ética reflexiva y práctica.

Esta conexión entre racionalidad práctica, argumentación e interpretación narrativa revela cómo las personas construyen y evalúan sus acciones éticas en relación con sus experiencias y las historias que encuentran en su entorno, ya sean basadas en hechos reales o ficticios.

La poesía, es decir, la literatura narrativa y dramática, junto con cualquier obra narrativa en general, plantea una serie de elementos, ya sean reales o ficticios, que permiten al lector o espectador imaginar y reflexionar sobre situaciones de diversa complejidad moral. Estas obras ofrecen la oportunidad de llevar a cabo experimentos mentales en los que las personas pueden relacionar aspectos éticos presentes o latentes en la obra con su propia vida. La narrativa, como herramienta, nos permite analizar distintos cambios en la conducta humana, los cuales están moldeados por la trama de la historia.

Hoy en día, debido a la proliferación de la tecnología, las personas tienen acceso a una amplia variedad de relatos. Estos relatos abarcan desde historias y anécdotas familiares hasta leyendas populares, muchas de las cuales se transmiten a través de la tradición oral, canciones en la radio, libros, películas y populares series de televisión que se difunden a nivel global y se pueden ver en plataformas digitales, teléfonos inteligentes o en la televisión. Esta inmersión cultural en la narrativa contribuye a desarrollar un alto grado de familiaridad con diversos tipos de tramas, y es en este contexto donde se establece una conexión entre las virtudes y una vida buena.

En tal proceso, la *phrónesis* desempeña un papel fundamental. En contraposición a la inteligencia estrictamente teórica, la *phrónesis* opera al analizar los relatos. Así, al aprender a seguirlos y comprender la lógica de las acciones de los personajes y el desarrollo de la trama, las personas avanzan en la ejecución y aplicación de la sabiduría práctica en sus propias vidas:

Sea cual sea esta relación entre la poesía y la historiografía, es cierto que la tragedia, la epopeya, la comedia —por no citar más que los géneros conocidos por Aristóteles— desarrollan una clase de inteligencia que podemos denominar inteligencia narrativa, que se encuentra más cerca de la sabiduría práctica y del juicio moral que de la ciencia y, en un sentido más general, del uso teórico de la razón. Esto se puede mostrar de manera simple. La ética, tal y como la concebía Aristóteles y tal y como se puede concebir todavía, como mostraré

en lecciones posteriores, habla en abstracto de la relación entre las virtudes y la búsqueda de la felicidad. Es función de la poesía, bajo su forma narrativa y dramática, la de proponer a la imaginación y a la meditación situaciones que constituyen experimentos mentales a través de los cuales aprendemos a unir los aspectos éticos de la conducta humana con la felicidad y la infelicidad, la fortuna y el infortunio [...]. Debemos, sin embargo, hablar de inteligencia, pero en el sentido que Aristóteles daba a la *phrónesis* (que los latinos tradujeron por *prudentia*). En este sentido, hablaré de inteligencia phronética en oposición a la inteligencia teórica. El relato pertenece a la primera clase de inteligencia y no a la segunda. (Ricoeur, 2006, p. 12)

El razonamiento práctico se sitúa dentro de la categoría de razonamientos que Aristóteles identificó como dialécticos, específicamente, los razonamientos prácticos, en contraposición a los razonamientos analíticos. Ello implica que no podemos entender este tipo de razonamientos como el resultado de un proceso lógico formal aislado de la experiencia humana cotidiana. Por lo tanto, no podemos comprender cómo se lleva a cabo el razonamiento práctico sin relacionarlo con la historia personal de cada individuo, la construcción de sus modos de comportamiento y la influencia que ejercen sobre ellos los vínculos y las relaciones en las que participan, incluyendo aquellos que se han transmitido a través de narraciones.

En otras palabras, el razonamiento práctico no puede separarse de la experiencia de vida y las interacciones sociales que moldean las creencias, valores y juicios morales de las personas. Está arraigado en el contexto vivencial de los seres humanos y se desarrolla a través de la integración de experiencias personales, la construcción de identidad y la asimilación de narrativas y relatos que influyen en la toma de decisiones éticas y en la comprensión de lo que constituye una vida virtuosa:

Centré sur le raisonnable, la raisonnement pratique ne se déploie pas dans l'abstrait: il est tributaire d'agents humains pris dans un processus de communication, qui exercent leur activité dans un contexte particulier, en fonction des croyances et valeurs de leur milieu. C'est dire que le raisonnable a partie liée avec le sens commun comme forme de connaissance socialisée. Aussi est-il contingent et négociable à l'intérieur d'une communauté humaine, alors que le rationnel est nécessaire et valable en soi, en tout temps et en tous lieux. La pensée de Perelman nous situe désormais dans une logique de sujets, qui est aussi une logique des valeurs. (Amossy, 2012, p. 21)³

3 Centrado en lo razonable, el razonamiento práctico no se despliega en lo abstracto: depende de agentes humanos inmersos en un proceso de comunicación, que ejercen su actividad en un contexto particular, en función de las creencias y valores de su entorno. Esto significa que lo razonable está ligado al sentido común como forma de conocimiento socializado. Así, es contingente y negociable dentro de una comunidad humana, mientras que lo racional es necesario y válido en sí mismo, en todo tiempo y lugar. El pensamiento de Perelman nos sitúa ahora en una lógica de sujetos, que es también una lógica de valores. (traducción libre del autor)

A través de diversas interpretaciones de estos vínculos, surgen representaciones de acciones y situaciones que las personas inmersas en esas relaciones pueden llegar a construir como imágenes o modelos virtuosos que pueden optar por seguir o no seguir. Estos modelos proporcionan enseñanzas sobre cómo se debe o no se debe actuar en términos morales, ofreciendo pautas y ejemplos que influyen en la toma de decisiones éticas y en la formación de la conducta.

Las narraciones, en cuanto estructuras o dispositivos de la racionalidad práctica, permiten a los sujetos articular buena parte de eso que Ricoeur define como su identidad narrativa.⁴ Actuar de manera ética no es posible sin llevar a cabo un análisis constante y una apropiación de la historia personal, la cual está intrínsecamente vinculada a la historia social. Sin embargo, la diversidad de narrativas a las que se expone el individuo a través de lo que ve, escucha o lee, también le brinda la oportunidad de apreciar, reflexionar e incluso, si así lo desea, imitar diferentes acciones que se desarrollan en diversas circunstancias de la vida. Tal proceso equivale a un razonamiento práctico, ya que tiene como objetivo desarrollar categorías de análisis que faciliten la capacidad de deliberar, elegir y actuar en respuesta a los dilemas éticos que surgen constantemente en la vida cotidiana.

En este proceso y como un ejercicio intelectual, la interpretación desempeña un papel crucial. Para establecer razones que justifiquen una acción moral, el individuo debe interpretar constantemente las circunstancias a las que se enfrenta en cualquier tipo de relato. Tanto en la argumentación como en la narración es esencial el proceso de interpretación de los hechos, las circunstancias y los rasgos de carácter de quienes actúan. Esto le permite al sujeto realizar juicios morales tanto sobre personas reales como sobre personajes históricos o ficticios. Es esa capacidad interpretativa la que posibilita que el individuo construya juicios sobre las acciones morales y genere sentimientos y acciones basadas en la moral en sus relaciones con otros.

En consecuencia, la producción artística sirve como terreno de experimentación fundamental para el desarrollo del razonamiento práctico. Ricoeur (2004) sugiere una relación estrecha entre la ética y la poética en torno a esta cuestión, destacando cómo la interpretación de las obras artísticas proporciona un terreno fértil para la reflexión ética y la formación de juicios morales:

Al mismo tiempo, ¿no suprimiría la neutralidad ética del artista una de las funciones más antiguas del arte, la de constituir un laboratorio en el que el artista busca, al estilo de la ficción, una experimentación con valores? Sea lo

4 "La identidad propuesta por este filósofo francés no es dada, previamente constituida, ni una forma fija de conocimiento, sino que se trata de una identidad que se construye a través de un proceso, es, por ende, una identidad móvil y dinámica. Las dos principales categorías empleadas para dar cuenta de la identidad y del sí mismo son el *ídem* y el *ipse*, las cuales entran en un juego constante de interrelación entre lo fijo y lo móvil que da lugar a la construcción de la identidad" (González Valerio y Rivara, 2012, p. 339).

que fuere de la respuesta a estas cuestiones, la poética recurre continuamente a la ética, aun cuando aconseje la suspensión de cualquier juicio moral o su inversión irónica. (p. 123)

La retórica y la poética representan la contraparte de la lógica formal. En lugar de centrarse en la verdad, se ocupan de lo verosímil y, por lo tanto, forman parte del conocimiento que no se puede demostrar de manera estricta. Ambas disciplinas trabajan con las experiencias humanas y utilizan el lenguaje común, lo que las obliga a lidiar con la ambigüedad y la complejidad inherentes al mismo. Por tanto, su desarrollo y su relación con la ética se comprenden, en primer lugar, como componentes de la razón práctica. No obstante, es preciso señalar que, como lo explica Perelman (2012), desde la tradición racionalista, siempre se han visto con desconfianza este tipo de desarrollos filosóficos:

A la tradition rationaliste, s'opposent les penseurs qui jugent et condamnent la métaphysique, et plus particulièrement le rationalisme, au nom du sens commun. Pendant des siècles, c'était la tradition du scepticisme, représentée par les pyrrhoniens, Sextus Empiricus et les médecins empiristes, et par les apologistes de la religion chrétienne, tel Tertullien, qui utilisaient tout l'arsenal sceptique pour humilier la raison et lui préférer la révélation d'origine divine. (p. 293)⁵

A través de las narraciones, se moldean las acciones que se describen en el relato, así como las que emprenden quienes se sumergen en el texto. Este proceso se basa en el desarrollo de la racionalidad práctica. La *phrónesis* no solo facilita la comprensión de la acción moral en relación con la argumentación y las pasiones, sino que también se relaciona con la comprensión de las narrativas. Según Ricoeur (2006), “El relato se encuentra en la esfera de la inteligencia phronética. La trama representa la fuente creativa del relato, y la narratología constituye la reconstrucción lógica de las reglas subyacentes a la actividad poética” (p. 13).

La trama, en efecto, configura la acción; por eso, aprender a interpretar y narrar una historia se manifiesta como una expresión de la razón práctica. A través de tal proceso, podemos comprender tanto las acciones como las experiencias humanas. La trama se forma en un equilibrio entre lo que establece la tradición narrativa y la necesidad de desafiar las reglas preestablecidas. Esto implica que su desarrollo oscila entre estructuras definidas, que ofrecen pautas para crear narrativas, y la creatividad que se permite en todas direcciones. Se trata de una dinámica comparable al modo en que se desenvuelven diversos eventos humanos, ya que a veces

5 A la tradición racionalista, se oponen los pensadores que juzgan y condenan la metafísica, y más particularmente el racionalismo, en nombre del sentido común. Durante siglos, fue la tradición del escepticismo, representada por los pirrónicos, *Sextus Empiricus* y los médicos empiristas, y por los apologistas de la religión cristiana, como Tertuliano, quienes utilizaban todo el arsenal escéptico para humillar a la razón y preferirle la revelación de origen divino. (traducción libre del autor)

seguimos reglas y a veces, en otras circunstancias y por distintos motivos, las quebrantamos.

Además, las tramas combinan contingencia y verosimilitud, incluso necesidad. Como la *peripeteia*, según la Poética de Aristóteles, los acontecimientos ocurren por sorpresa, cambiando, por ejemplo, la dicha en infortunio; pero la intriga hace de la propia contingencia un componente de lo que Gallie llama con razón la *followability* de la historia narrada, y, como observa Louis O. Mink, comprendemos que las cosas debían “funcionar” como lo hicieron, fundamentalmente, cuando se hace una nueva narración, leyendo la historia hacia atrás, desde la conclusión hacia su comienzo. Finalmente, la trama combina sumisión a los paradigmas y desviación. (Ricoeur, 2004, p. 336)

Los hechos, cuando se narran, adquieren un carácter contingente, pero, al mismo tiempo, mantienen cierta dependencia con respecto a paradigmas preestablecidos. Por lo tanto, aunque la acción en sí misma no sea idéntica al relato de la acción, son dos conceptos que pueden compararse. Tanto los eventos históricos como los eventos enmarcados en una trama ficticia permiten que, a partir de su singularidad y contingencia, se puedan desarrollar interpretaciones y narrativas. Estas interpretaciones y narrativas posteriormente sirven como base para llevar a cabo procesos de razonamiento práctico.

Aristóteles sostiene que toda historia bien contada tiene una enseñanza, y la poesía presenta las acciones como ejemplos del comportamiento humano, revelando aspectos universales de la condición humana. La trama es el concepto que nos permite conectarnos con estos universales mencionados por el estagirita. La trama, o *mythos* en términos de Ricoeur, ocupa un lugar central en la estructura teórica de la *Poética* y proporciona una comprensión más profunda de la noción de “trayecto de vida”.

El concepto de trama se refiere a la disposición de los eventos de manera verosímil, con un inicio, desarrollo y conclusión. Además de proporcionar un marco temporal para la narrativa, aporta coherencia al relato, lo que permite observar la unidad de la acción que se narra. Sin embargo, también permite que ocurran diversas contingencias. En otras palabras, la trama, aunque se relaciona con el orden cronológico de la narración, guarda una relación más estrecha con el desarrollo de la razón práctica:

Si, pues, el vínculo interno de la trama es más lógico que cronológico, ¿de qué lógica se trata? A decir verdad, no se pronuncia el término “lógico”, salvo que necesidad y probabilidad son categorías familiares al *Organon*. Y no se pronuncia porque se trata de una inteligibilidad apropiada al campo de la praxis y no de la *theoria*, próxima, pues, a la *phrónesis*, que es la inteligencia de la acción. La poesía, en efecto, es un “hacer” y un “hacer” sobre un “hacer” —los “actuales” del capítulo II—. Solo que no es un hacer efectivo, ético, sino precisamente inventado, poético. Por eso es necesario distinguir los rasgos específicos de esta inteligencia mimética y mítica, en el sentido aristotélico de estos dos términos. (Ricoeur, 2004, p. 94)

Esta cuestión es de suma relevancia, ya que un aspecto central de la ética, bien sea como disciplina práctica o como campo en el que se desarrolla la razón práctica, consiste en que el análisis de las diversas circunstancias de la vida sea el principal recurso para deliberar, decidir y llevar a cabo acciones morales.

En este proceso, es fundamental comprender que tanto la vida del individuo como cualquier relato al que se enfrente poseen una unidad narrativa, pero al mismo tiempo son dinámicos. Ello significa que pueden surgir eventos significativos, ya sean positivos o negativos y desafiantes. En relación con la idea de unidad en el relato, Ricoeur (2004) ofrece la siguiente perspectiva:

Aristóteles opone dos clases de unidades: por una parte, la unidad temporal (*henos Khronous*), que caracteriza “un periodo único con todos los acontecimientos que durante él sucedieron a uno o varios hombres y que mantienen entre sí relaciones contingentes” (59a, 23–24); por otra, la unidad dramática, que caracteriza a “una única acción” (59a, 22), (que forma un todo y llega hasta su término, con un comienzo, un medio y un fin). Por lo tanto, las numerosas acciones que sobrevienen en un único periodo no forman una sola acción. (p. 94)

Ricoeur es muy preciso al aclarar que en ningún momento se debe confundir el nivel de la acción con el nivel del relato. Aunque existen aspectos que permiten establecer analogías entre ambos, la vida y el relato son entidades distintas. La vida no es simplemente una serie de eventos narrados por alguien; es una experiencia vivida. Aun así, la vida debe ser aprehendida y comprendida en una dimensión narrativa. Ricoeur describe la vida como prenarrativa, lo que significa que hay una diferencia fundamental entre la vida misma y lo que se experimenta o se vive dentro de esa vida:

Una vida no es sino un fenómeno biológico hasta tanto no sea interpretada. Y en la interpretación, la ficción desempeña un papel mediador considerable. A fin de franquear el camino a esta nueva fase del análisis, debemos insistir en la mezcla de acción y sufrimiento, actuar y padecer, que constituye la trama misma de una vida. Esta es la mezcla que el relato pretende imitar de manera creadora. En nuestra evocación de Aristóteles omitimos, en realidad, su definición del relato: es, dice, la “imitación de una acción”, *mimesis praxeos*. De manera que, antes que nada, debemos buscar los puntos de apoyo que puede encontrar el relato en la experiencia viva del actuar y el padecer; aquello que, en esta experiencia viva, requiere la inserción de lo narrativo y cuya necesidad quizás expresa. (Ricoeur, 2006, p. 6)

Aristóteles en la *Ética nicomaquea* otorga principal importancia a las acciones, en el sentido en que estas construyen y configuran los modos de ser. La felicidad se comprende como un proceso, ya que la única manera de comprender qué es la felicidad es viviendo una vida feliz, es decir, obrando bien, teniendo una vida buena; claro está, con todos los sobresaltos, complejidades y circunstancias difíciles de abordar que se presentan en la cotidianidad. Esto solo es posible pensarlo en relación con la narración en

el marco conceptual de la noción de trayecto de vida. Cuadros Contreras (2016) comenta lo siguiente al respecto:

La vida está compuesta de acciones y de actividades, y una vida entera se la puede comprender estudiando las vicisitudes que la colman, los acontecimientos que la marcan; pero no cualquier tipo de acontecimientos, sino los grandes acontecimientos, que indican las grandes decisiones que se fueron tomando y mediante las cuales se fue configurando un cierto modo de ser. Esta aproximación es declaradamente narrativa o narratológica, pues esa vida y sus vicisitudes no es otra cosa que una historia, un trayecto. (p. 7)

La perspectiva de la narratividad es la que nos permite comprender dimensiones esenciales de la vida, como el trayecto y la propia identidad. La estructura temporal de una narrativa nos permite captar el tiempo desde una perspectiva subjetiva, es decir, se sitúa en algún punto intermedio entre el evento puntual y la historia en su totalidad:

Se puede afirmar que en toda historia narrada se encuentran dos clases de tiempo: por una parte, una sucesión discreta, abierta y teóricamente indefinida de sucesos (es posible preguntar en todo momento: ¿y después qué?, ¿y después qué?). Por otra parte, la historia relatada presenta otro aspecto temporal caracterizado por la integración, la culminación y la clausura (clôture), gracias a lo cual la historia recibe una configuración. (Ricoeur, 2006, p. 11)

De esta manera, la narración, que se encuentra entre la fugacidad del momento y la duración temporal, es un medio para preservar lo que acontece en medio de lo que se desvanece. Por ello, la narratividad es capaz de capturar eventos concretos de la vida humana y darles forma en un relato.

Cuando una persona se encuentra ante estas narraciones, ya sean de carácter histórico o ficticio, despliega su inteligencia narrativa. Esto es una manifestación de la racionalidad práctica, ya que para comprender quiénes somos, necesitamos entender el relato que abarca nuestra vida. Así, aprendemos a comprender la vida, nuestras acciones y las de los demás, a través de la comprensión de las narrativas en las que estos eventos se presentan. Comprender las motivaciones y el significado profundo de la vida de un personaje es un ejercicio de la racionalidad práctica.

Identidad narrativa y formación del *ethos*

El estagirita menciona dos causas que explican el origen de la poesía. En primer lugar, señala que los seres humanos tienen una tendencia innata a imitar como una forma de aprendizaje. En segundo lugar, argumenta que contemplar representaciones o narraciones genera placer en los seres humanos. Estas dos causas nos llevan a considerar la relación entre la poesía y la imitación, conocida como *mímesis*. La *mímesis* permite que exista un proceso de reconocimiento en el cual el ser humano identifica y elige imitar diversas acciones que forman parte de la construcción de diversos modos de ser:

Que se trata sin duda de inteligencia, Aristóteles nos lo advierte desde el capítulo IV, donde establece por vía genética sus conceptos directivos. ¿por qué —se pregunta— nos gusta mirar las imágenes de cosas en sí mismas repugnantes animales innobles o cadáveres? [...] En efecto, si disfrutan viendo las imágenes es porque, al contemplarlas, aprenden y deducen qué es cada cosa, como cuando se dice: este es aquel (48b, 12–17). Aprender, deducir, reconocer la forma éste es el esqueleto inteligible del placer de la imitación (o de la representación). Pero, si no se trata de los universales de los filósofos, ¿qué pueden ser estos universales “poéticos”? Que son universales, no hay ninguna duda, puesto que se puede caracterizarlos por la doble oposición de lo posible a lo efectivo y de lo general a lo particular [...] la universalidad que comporta la trama proviene de su ordenación; esta constituye su plenitud y su totalidad. Los universales engendrados por la trama no son ideas platónicas. Son universales próximos a la sabiduría práctica; por lo tanto, a la ética y a la política. La trama engendra tales universales cuando la estructura de la acción descansa en el vínculo interno a la acción y no en accidentes externos. (Ricoeur, 2004, pp. 95–96)

La relación entre la ética y la poética de Aristóteles no solo se manifiesta en la capacidad de la poesía para servir a la educación moral de las personas y en cómo a través de su interpretación se activa la razón práctica. También se evidencia en la construcción de ideales de virtud a seguir y ejemplos de vicios a evitar, aspectos esenciales en la formación del *ethos* o carácter moral de un individuo. Es posible observar cómo Aristóteles, al desarrollar su *Ética nicomáquea*, hace referencias a la literatura griega, especialmente a la tragedia y la épica, destacando los relatos que los lectores pueden interpretar para construir guías para la acción:

La literatura que tanto conocía Aristóteles presentaba relatos de acción humana, de vidas humanas; pero tales relatos incluyen mucho más que la intención del agente. Cuando Edipo se acerca a Tebas y es atacado por un grupo que pasa por el lugar, mata a todos menos a un siervo que se escapa. Entre sus víctimas, sin que él lo sepa, está su propio padre. Llega a Tebas, resuelve los enigmas de la Esfinge, gana la mano de la reina viuda y se casa con ella. Aunque él no lo sabe, Jocasta es su propia madre. Al vengarse, Edipo, sin saberlo, mata a su padre. Este es un acto involuntario debido a la ignorancia. Al casarse con Jocasta, se casa, sin saberlo, con su madre. Otro acto involuntario. Tales acciones, mezcla de lo intencionado y lo no intencionado, son el meollo de los relatos, y nos afectan de la manera que lo hacen porque llaman la atención hacia un rasgo inevitable de la acción humana. Cada vez que actuamos podemos provocar más de lo que pretendemos, y no podemos escapar de esta situación, puesto que también podemos provocar lo que no pretendemos al inhibirnos de la acción. (McInerney, 1987, p. 92)

El enfoque de Aristóteles sobre la acción humana en la *Ética nicomáquea* es comparable con su tratamiento de la tragedia en la *Poética*, ya que ambas se consideran como imitaciones de la acción humana. En ambos casos, surgen elementos de la acción humana que algunos podrían considerar irracionales, pero que en realidad son aspectos de la vida que escapan al entendimiento

de la lógica formal. Estos elementos incluyen resultados casuales, eventos fortuitos, la influencia de la fortuna, acciones involuntarias y el desarrollo de las pasiones. Por esta razón, es válido afirmar que tanto la ética como la poética pertenecen al campo del conocimiento práctico.

Aristóteles utiliza ejemplos de la literatura griega como si fueran guiones para ilustrar acciones virtuosas. La importancia de la *Poética* radica en que aborda el tema de las artes imitativas y se centra en el objeto de la imitación. Aristóteles afirma que

los objetos que el imitador representa son acciones, con agentes que necesariamente son hombres buenos o malos. Las diferencias en el carácter humano casi siempre derivan de esta distinción primaria, ya que la línea entre la virtud y el vicio es la que divide a la humanidad entera. (*Poética*, 144a, 15)

En otras palabras, el objeto de la imitación es la acción, y a través de ella, el ser humano puede experimentar la felicidad o la desdicha, tal como se muestra en la tragedia griega.

Tanto una vida buena como una vida desventurada están determinadas por diferentes modos de ser, y no solo la tragedia, sino cualquier tipo de narrativa, en un sentido mimético, se convierte en un recurso valioso para formar distintos tipos de carácter. La vida práctica concreta es la que moldea el carácter, las decisiones y las acciones humanas, así como la reflexión sobre estas. Sin embargo, las imitaciones de acciones, que incluyen personajes con virtudes o vicios, sirven como modelos para la reflexión moral y los experimentos mentales que tienen un valor pedagógico y formativo en la construcción del carácter. Aristóteles lo expresa de la siguiente manera:

El carácter es lo que pone de manifiesto el estilo de decisión, cuál es precisamente en asuntos dudosos, qué es lo que en tales casos se escoge, por lo cual no se da carácter en aquellos razonamientos donde nada queda de elegible o evitable a merced de que habla. Hay, por el contrario, expresión o ideas donde quepa mostrar que una cosa es así o así o bien sacar a luz algo universal. (*Poética*, 1450b)

La imitación —o mimesis— de acciones en torno a un relato exige que el sujeto realice un proceso de reconocimiento de distintos modos de ser. Este proceso tiene distintas etapas, Ricoeur nombra *mimesis II* a aquello que Aristóteles entiende como imitación, correspondiente a la construcción de la trama, a la acción como tal. No obstante, considera que la obra del estagirita permite concebir otras dos etapas: *mimesis I* y *mimesis III*, correspondientes al antes y al después de la acción dramática, de la puesta en trama. El filósofo francés, al referirse a la mimesis I, quiere decir que debe existir una estructura de la acción previa a su representación, una precomprensión que el sujeto tiene de la acción. Al respecto menciona lo siguiente:

Se percibe cuál es la riqueza del sentido de mimesis I: imitar o representar la acción es, en primer lugar, comprender previamente en qué consiste el obrar humano: su semántica, su realidad simbólica, su temporalidad. Sobre esta precomprensión,

común al poeta y a su lector, se levanta la construcción de la trama y, con ella, la mimética textual y literaria. (Ricoeur, 2004, p. 129)

Por otra parte, al hablar de la mimesis III, se refiere a la poscomprensión que tiene el sujeto después de haberse enfrentado a la obra, a la narración. Allí ocurre un acto de aprendizaje, la imitación trasciende el relato, va más allá del estado contemplativo del sujeto y pasa a hacer una guía para su modo de ser: “la obra despliega un mundo que el lector hace suyo. Este mundo es un mundo cultural” (Ricoeur, 2004, p.111).

En tal sentido, es importante destacar el aspecto educativo que Ricoeur atribuye a las narraciones. Estas permiten que el individuo dé un nuevo significado a una serie de conceptos a partir de lo que se relata. A través de las narraciones y del sentido mimético que se desarrolla en el sujeto, este puede poner en práctica habilidades como la interpretación, el juicio, la deliberación y la argumentación, lo que contribuye al desarrollo ético del agente moral y a la formación de su *ethos* virtuoso.

Como se mencionó anteriormente, el carácter es uno de los elementos centrales en la reflexión ética de Aristóteles. El modo de ser, o *ethos*, se sitúa entre la razón y la acción, y desempeña un papel fundamental para comprender la importancia de la hermenéutica de las narraciones. En términos contemporáneos, la cuestión del carácter puede equipararse a la pregunta sobre la identidad y su construcción, un factor determinante para evaluar las acciones de un agente moral. Cuadros Contreras (2016) lo explica de la siguiente manera:

Nos referimos a que cuando Aristóteles habla del carácter –como aquello que identifica precisamente a una persona o a un sujeto o, para ser más precisos, al sujeto de la deliberación y de la acción moral–, lo piensa como algo que no es natural –por más que tenga una base natural, ciertos modos de ser con los que se nace–, sino todo lo contrario, como algo que se construye, que se forja a lo largo de la vida como resultado de las decisiones tomadas al enfrentar los acontecimientos prodigiosos que la vida nos presenta. Y, al mismo tiempo, siempre que piensa en la deliberación y en la acción moral, las piensa sólo como posibles por cuanto el que delibera o actúa se ha forjado un carácter, sin tal carácter no es posible ni la acción ni la deliberación moral. (p. 20)

Por lo tanto, podemos hablar de un “trayecto de vida”, y a partir de este concepto, Ricoeur desarrolla la categoría de la “identidad narrativa”, que permite una mayor capacidad de análisis para responder a la pregunta de quién soy yo o quién es alguien más. Dar respuesta a tal pregunta solo es posible a través de la narración de una historia, ya que la definición de la identidad de un sujeto, con sus características sociales y emocionales, requiere un enfoque especial. Esto se debe a que la identidad no puede tratarse como un objeto o un fenómeno del conocimiento científico:

Permítaseme decir como conclusión que aquello que llamamos sujeto nunca está dado desde el principio. O, si está dado, corre el riesgo de verse reducido al

yo narcisista, egoísta y avaro, del cual justamente nos puede librar la literatura. Ahora bien, lo que perdemos por el lado del narcisismo, lo ganamos por el lado de la identidad narrativa. En lugar del yo atrapado por sí mismo, nace un sí mismo instruido por los símbolos culturales, en cuya primera fila están los relatos recibidos de la tradición literaria. Son ellos quienes nos confieren una unidad no sustancial sino narrativa. (Ricoeur, 2006, p. 10)

La vida que uno vive se presenta ante el individuo como una construcción narrativa que surge de la inteligencia narrativa. A través de este proceso, se forma la identidad narrativa, que no se limita a ser una serie de eventos incoherentes o una sustancia inmutable; más bien, es un conocimiento y una reinterpretación constante de uno mismo. Esto solo ocurre a través del dinamismo y la coherencia de la construcción narrativa. La identidad narrativa se construye entonces en relación con los relatos propuestos en el ámbito cultural:

Se podría decir que nos aplicamos a nosotros mismos el concepto de voces narrativas que constituyen la sinfonía de las grandes obras, como las epopeyas, las tragedias, los dramas, las novelas. La diferencia es que, en todas esas obras, es el autor mismo quien se ha disfrazado de narrador y quien lleva la máscara de sus múltiples personajes y, entre todos ellos, la voz narradora dominante que cuenta la historia que nosotros leemos. Nosotros podemos convertirnos en narrador de nosotros mismos imitando esas voces narradoras, sin poder convertirnos en autor. Esa es la gran diferencia entre la vida y la ficción. En ese sentido, es muy cierto que la vida se vive y que la historia se cuenta. (Ricoeur, 2006, p. 10)

La identidad se construye a partir de narraciones y, al mismo tiempo, es una narración en sí misma. Aristóteles reconoció este aspecto y, por ello, al desarrollar su ética, recurrió constantemente a elementos de heroísmo moral presentes en las grandes epopeyas. Sin embargo, también era consciente de que esta grandeza moral podía surgir en medio de la tragedia, es decir, en situaciones llenas de contingencias y circunstancias adversas:

El *mythos* trágico, que gira en torno a los cambios de fortuna —y exclusivamente desde la dicha hasta la desdicha—, es una exploración de los caminos por los que la acción arroja a los hombres de valor, contra toda esperanza, en la desgracia. Sirve de contrapunto a la ética, que enseña cómo la acción por el ejercicio de las virtudes conduce a la dicha. Al mismo tiempo, solo toma del saber —con— anterioridad de la acción sus rasgos éticos. (Ricoeur, 2004, p. 104)

Al considerar la importancia de las particularidades de la vida y su unidad en un relato, es fundamental comprender al individuo como parte de ese relato y, al mismo tiempo, influenciado por numerosos relatos adicionales. El agente moral, cuando se enfrenta a diversas vicisitudes en su vida, toma ejemplos de pasajes de su propia vida, de la vida de su entorno y de la vida de diferentes personajes presentes en diversas narraciones. Este proceso transforma la manera en que el individuo se comporta y toma decisiones.

El *ethos* es el resultado de múltiples relaciones, y una de esas relaciones es con la identidad narrativa, la cual es dinámica y está en constante construcción. Ello permite que, ante circunstancias muy similares, pero en momentos diferentes de la vida, el sujeto reaccione de modos distintos, con justificaciones diferentes para sus acciones y experimentando pasiones muy particulares en cada situación.

Relacionar la formación del *ethos* con la noción de identidad narrativa nos permite comprender el desarrollo del carácter como un proceso dinámico y cambiante. Según Ricoeur, la identidad narrativa se constituye entre la “mismidad” (*ipse*), que es susceptible de cambio, y la “ipseidad” (*ídem*), que no cambia a lo largo del tiempo. Por consiguiente, la identidad narrativa surge de la interacción entre lo variable (*ipseidad*) y lo permanente (*mismidad*) en los eventos de la vida del individuo. La identidad narrativa, al servir de puente entre la ipseidad y la ídem, permite conciliar dos aspectos del individuo que aparentemente son opuestos y excluyentes. Vargas Hernández (2018) señala que, a partir de la identidad narrativa:

Tanto el carácter como la palabra dada pueden confluír, de tal forma que sea posible conocer a una persona que constantemente está cambiando. De este modo, Ricoeur toma la noción de trama aristotélica como síntesis de lo heterogéneo, para entender la vida misma. Así, trama y vida se conjugan y también persona y personaje, pues a través de ésta es posible conocer a alguien (p. 75)

En resumen, encontrar la justa medida y comprender si uno es feliz requiere que el individuo se conozca a sí mismo y examine su vida en su totalidad. Por tanto, en la concepción ética de Aristóteles ya se vislumbra lo que Ricoeur describe como “identidad narrativa”. La autoconciencia y la reflexión sobre la vida no son posibles sin la mediación de un relato o una construcción narrativa que dé forma a la identidad del individuo.

Conclusiones

En el análisis de la relación entre la *Poética* de Aristóteles y la construcción de la identidad narrativa, se revela un vínculo fundamental entre las narraciones y el desarrollo del razonamiento práctico. Narrar y seguir historias no solo es una forma de entretenimiento, sino que también se convierte en un ejercicio que nos permite explorar el obrar virtuoso y no virtuoso a través de experimentos mentales.

Para comprender completamente una historia, es necesario atar todos los cabos y sumergirse en su trama, lo que, a su vez, nos lleva a reflexionar sobre nuestra propia identidad y moralidad. De esta manera, Aristóteles ya intuía la importancia de lo que Paul Ricoeur denominaría más tarde “identidad narrativa”, la cual se construye a través de la narrativa y se convierte en la base de nuestra comprensión de nosotros mismos.

El constante enfrentamiento con distintos tipos de narraciones estimula el desarrollo de una forma particular de inteligencia, que podemos denominar “inteligencia narrativa”. Esta inteligencia se encuentra intrincadamente vinculada al desarrollo de la *phrónesis*, ya que implica analizar e interpretar relatos desde la perspectiva de las experiencias concretas de los personajes. En consecuencia, la inteligencia narrativa se ubica más cerca de la razón práctica que del uso puramente teórico de la razón. A través de la familiaridad con diversas tramas culturales, aprendemos a relacionar los modos de ser virtuosos o no virtuosos representados en las narraciones con nuestras propias experiencias de vida, lo que enriquece nuestra comprensión ética y moral.

Es esencial destacar que las narraciones desempeñan un papel educativo significativo, especialmente en términos emocionales. Los relatos permiten que los lectores se identifiquen con los personajes, experimenten diversas emociones y se conecten emocionalmente con las situaciones presentadas. Esto contribuye a una comprensión más profunda de las pasiones humanas y su impacto en la toma de decisiones éticas.

Además, la poética, como una de las primeras formas de estética en la tradición filosófica occidental, no se limita a un saber puramente teórico. Al igual que la ética, forma parte de los saberes prácticos, pues nos brinda herramientas para reflexionar y ofrecer soluciones a diversos problemas relacionados con la acción humana. Una dimensión esencial de esta reflexión radica en el tratamiento de las pasiones, porque la poética nos permite observar y estudiar estas pasiones a través de los personajes en lugar de simplemente padecerlas en nuestra vida diaria, lo que se convierte en un ejercicio valioso de experimentación moral imaginativa.

Para que este laboratorio de lo imaginario funcione, es crucial que el lector o espectador mantenga una relación emocional con la obra que está experimentando. Al igual que en la retórica, en la cual el orador busca motivar emociones en su audiencia, en la poética, el placer que experimentamos al observar un espectáculo o leer un relato es esencial para lograr una comprensión más profunda de las pasiones y su influencia en la formación del carácter.

En resumen, la narrativa desempeña un papel fundamental en la construcción de la identidad narrativa y la comprensión ética y moral. Las narraciones nos permiten realizar experimentos mentales sobre el obrar virtuoso o no virtuoso y son esenciales para nuestra constante reinterpretación de nosotros mismos. La triple perspectiva de la racionalidad práctica, que abarca la argumentación, la interpretación y la narración, amplía el horizonte de la investigación en ética y nos brinda herramientas valiosas para comprender mejor nuestra propia identidad y moralidad.

Referencias

- Amossy, R. (2012). Les enjeux du: rhétorique de la persuasion et rhétorique du dissensus. En Frydman, B., y Meyer, M (Eds.), *Chaim Perelman: De la nouvelle rhétorique à la logique juridique* (pp. 17 – 37). Presses Universitaires de France.
- Aristóteles. (1993). *Ética nicomáquea*. Gredos.
- Aristóteles. (1967). *Poética*. Aguilar.
- Cuadros Contreras, R. (2016). Sobre la enseñabilidad de la ética. En R. Cuadros Contreras, J. Vélez Hernández y S. Gómez Gutiérrez (Eds.), *Ética y racionalidad práctica* (pp. 11–29). Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO.
- Gadamer, H. G. (1991). *Verdad y método: fundamentación de la hermenéutica filosófica*. Sígueme.
- González Valerio, M. A., y Rivara, G. (2009). Paul Ricoeur, “La identidad narrativa”. En M. Stoopen Galán (coord.), *Sujeto y relato* (pp. 339-340). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mcinerny, R. (1987). La importancia de la Poética para entender la Ética de Aristóteles. *Anuario Filosófico*, 20(1), 85–93.
- Perelman, C. (2012). *Ethique et Droit*. Université de Bruxelles.
- Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (2006). La vida: un relato en busca de un narrador. *Ágora*, 25(2), 9–22.
- Vargas Hernández, L. M. (2018). *Breakind Bad: análisis ético y estético de un carácter*. Instituto Nacional de Investigación e Innovación Social.